

Nerea

Nerea, sola en una cafetería de San Sebastián, está observando la calle y recuerda su juventud.

Y de pronto, ronneneante, pasó un autobús, pero no de los urbanos. Y ella iba dentro. Ahí vamos mi juventud y yo rumbo a Zaragoza, a cursar cuarto de Derecho por deseo/súplica/exigencia del *aita*, que quería proteger a su hija a toda costa, de esto hace ya tantos años. [...]

5 Zaragoza. Si su hermano supiera, si lo supiera su madre. Salvo al principio, cuando tiritaba de frío en el piso de Torrero y se sentía sola, como envuelta en una membrana de nostalgia, estuvo cerca de la felicidad. Entonces no se daba cuenta. Se limitaba a expresar las posibilidades placenteras de su juventud. Pronto hizo
10 amistades. Gente tan abierta, tan sana de espíritu y tan apacible de carácter, no la ha encontrado en ningún otro sitio. Y ella, sin descuidar los estudios (no suspendió ni un examen), frecuentó la noche, el amor físico, el alcohol, algo menos el perico y la marihuana. Y aprendió a prescindir del mar y de la motocicleta, y se olvidó de cosas preocupantes y dramáticas de las que quizá no debería haberse olvidado. Aunque no es que las olvidara. O le llegaban amortiguadas por la distancia o no le
15 llegaban, en parte porque su familia, sobre todo el *aita*, siempre tan protector, no quería por nada del mundo que le llegasen.

Aquel domingo gris en la cafetería del hotel Europa, mientras veía pasar los coches y recordaba delante de su vaso y su botellín de agua mineral caras y lugares de Zaragoza, anécdotas y fiestas, tantas peripecias propias de la vida estudiantil,
20 volvió a experimentar la sensación punzante de otras muchas ocasiones, y todos los buenos recuerdos se le representaron de golpe como las hojas de ciertos árboles. ¿De cuáles? Qué más da. Como esas hojas con el anverso de un color y el reverso de otro, aquel de un verde brillante, grato a la vista, este de un verde más pálido que era el verde de la culpa y los remordimientos. Se miraba las manos y se arrepentía
25 de haber sido joven; aún peor, de haber sido feliz.

Su madre, por teléfono, le reprochaba que no los visitara. Se sentían abandonados ahora que mucha gente del pueblo había dejado de dirigirles la palabra. Y apenas un minuto después se ponía su padre al aparato y, bajando la voz, le decía no vengas, hija, ni se te ocurra, ya te visitaremos nosotros, y si
30 necesitas algo, dímelo. Joder, cuánto la quería. Mi *aita*, mi viejo. Y ella, en Zaragoza, pensaba que la mandó a estudiar fuera para mantenerla al margen del acoso¹ a que lo estaban sometiendo. Porque lo de las amenazas y las pintadas sí lo sabía, y también que había empezado los preparativos y las gestiones para llevarse la empresa a una región más tranquila. Ignoraba, no obstante, lo que le contó su
35 madre cuando al *aita* ya lo habían enterrado. En una carta de extorsión enumeraban una serie de detalles relativos a Nerea. Todos certeros: el lugar donde por entonces estudiaba, sus cenas los jueves con la cuadrilla en la Parte Vieja de San Sebastián. Por saber hasta sabían de qué color era su motocicleta y dónde la solía aparcar.

Fernando Aramburu, *Patria*, 2016

¹ El acoso : *le harcèlement*

1. Completa el cuadro con palabras y expresiones sacadas del texto:

Campo léxico de la felicidad	Campo léxico de la tristeza	Campo léxico de la violencia

2. Apoyándote en los campos léxicos, presenta a la familia y la vida de Nerea.
3. Apoyándote en los campos léxicos, explica la comparación de los buenos recuerdos con hojas de árboles (líneas 20-24).
4. Analiza la gradación siguiente: “deseo/súplica/exigencia del *aita*” (línea 3).